

II CERTAMEN LITERARIO “FRAY FRANCISCO DE LAS CASAS”

Título de la Obra: Nieve

Autor: Antonio Tena

La nieve es bonita la primera vez que la ves. Tan blanca, tan pura. Como en las estampitas que le enseñaban en la escuela. Los niños disfrutaban, se rebozaban en ella mientras se lanzaban bolas de nieve entre risas y juegos. Él también recuerda la primera vez que la vio. Un paisaje de cuento, un manto blanco que se extendía hasta donde podía llegar su vista. Cinco años hace de aquel día. Le pareció bella, tenía veinticinco años la primera vez que la nieve y Herminio terminaron por encontrarse.

Muchos años antes, estuvo bien cerca de descubrirla. En Casas de Don Pedro no nevaba. Una mañana, sería diciembre, don Vicente el maestro los dejó salir porque algunos hombres llegaron al pueblo con la noticia. Arriba en los riscos habían cuajado cuatro copos. Corrieron con las ganas de niños ilusionados, pero para cuando llegaron, apenas recuperando el resuello de la carrera, el sol había terminado por asomar, y nadie vio la nieve prometida. Así que Herminio no dejaba de acordarse de don Vicente y de aquel lejano día.

Pero el destino, que es justiciero, quiso resarcirlo de aquel desengaño de la infancia. Y en verdad tenía reservada para él nieve a punta de pala. A punta de pala, sí. Porque en invierno el trabajo de Herminio en Colonia era despejar de nieve el andén once de la estación central. Tenerlo todo listo cada mañana, y especialmente cada jueves, cuando con precisión alemana descargaba el convoy más de mil trabajadores de España y Portugal.

Para la Purísima hará cinco años desde que él mismo se apeara de un convoy muy parecido a los que seguían alimentando de obreros a sus fábricas y minas. Él, que vino de Casas de Don Pedro para un año, lo justo para juntar las perras necesarias para volver con la Clara y casarse dignamente. En la callejita se lo juró, y de su brazo saldría de la iglesia entre el barullo de los críos.

Hoy es jueves, y a Herminio se le atragantaba cada cuarto día de la semana. Hasta se le cambiaban los humores nada más salir del catre. Cuando se juntaban los amigos, a veces no tenían más distracción que presumir del trabajo más desgraciado. El minero se quejaba de la dureza de la mina y del polvo en los pulmones. El tornero, de repetir lo mismo una y mil veces al cabo del día, como un mecano.

Pero Herminio negaba y negaba con la cabeza. Lo peor de su trabajo no era el dolor en los riñones después de tantos palazos de nieve. La nieve es dura pero no es lo peor. Lo más jodido son los jueves. Porque ni el tornero ni el minero tenían que padecer ese suplicio cada semana. Ver bajar aquellos rostros ennegrecidos, de miradas perdidas y tristes. Con más miedo que vergüenza. Indefensos y desorientados como las crías sin la madre. Como los pajarillos a los que cortaba el vuelo de niño.

Y este jueves era igual de odioso que el primero. Ya oía aproximarse al convoy con su precioso cargamento, con paso lento pero irremediable. El ruido cercano de la bocina terminaba por destrozarle los nervios. No había habido milagro, ya estaba otra vez aquí. Con puntualidad, como solo los alemanes saben organizar la llegada de la mercancía. Entonces comenzaba su ritual de frenéticos palazos. Fuera de sí, como si acelerar su faena fuera a quitarle esa pena negra por todos los que estaban a punto de bajar del tren.

Entonces sí, puntual a su cita, asomaba aquel convoy en el que ningún alemán hubiera querido ir ni a la vuelta de la esquina. Era solo verlo aparecer por la recta del andén once, y ya revivía aquel viaje suyo, en aquellos coches de tercera, que olían a una mezcla de sudor, resignación y tristeza. Con la misma carbonilla en los ojos y hasta en el alma se había bajado él, después de un calvario de casi una semana desde que dejó Casas de Don Pedro hasta que dio con sus maltrechos huesos en Colonia.

Cuando los primeros mozos pisaban el suelo del andén, intentaba evitar mirarles a los ojos. Bajaba la mirada a sus zapatones y se concentraba en la pala, volviendo a agitar palazos como si estuviera poseído. Siempre el mismo ritual. Palazos y palazos, mirada fija en el suelo del andén. Y bajaban de aquel tren cada cual con un número. Los alemanes les seguían colocando un número en un cartel prendido de un cordel al cuello, igual que cuando él llegó. Ni en eso habían aprendido algo después de la guerra, que hasta numeraban a los obreros que llegaban del sur como si no les recordara nada.

La misma nieve que descubrió deslumbraba ahora con su frío brillo a todos los recién llegados. Los ojos de aquellos muchachos no estaban hechos para la nieve, qué le iban a contar a él. Aquellos ojos de rostros morenos se habían criado entre jaras, tomillos y romeros del sur. En otro planeta. En eso los alemanes, que de natural son previsores con todos los detalles, no terminaron de acertar. Si buscaban obreros especializados para sus fábricas de metalurgia, lo que el tren del andén once vomitaba en esos momentos eran campesinos como Herminio, dispuestos a trabajar como mulos pero que no habían visto una fábrica ni en Casas de Don Pedro ni en ningún rincón entre olivos y trigales.

Pero tras los esfuerzos iniciales por intentar rehuirles la mirada, otro jueves más sucumbía. Dejó apoyada la pala sobre un banco y comenzaba sus pasos perdidos por el andén, aguzando el oído acá y allá. Cinco años apretando el oído dan para mucho. Cuando salió del pueblo, no conocía más habla que la de su tierra. Si había más por esos mundos de Dios, él no las había escuchado nunca. Cómo pasa el tiempo en Alemania, qué sabio se hace uno. Ahora, era capaz de adivinar de dónde era cada corrillo. Le bastaba pasar de lado, con aire despistado, mezclarse con los mozos que iban de aquí para allá como perrillos sin dueño. Y así, con la práctica, sabía en unos segundos si el grupo que reía para disimular su miedo era de gallegos, zamoranos, aragoneses o andaluces. O aquella tonada triste de los corrillos portugueses.

Pero sobre todo se esmeraba por capturar una música especial, un habla inconfundible. Si escuchaba esas notas musicales para las que también había entrenado el oído, levantaba la cabeza como un podenco. Ay, si escuchaba esos dejes tan queridos. Porque de cuando en cuando, esos jueves le traían acentos que hablaban de cosas cercanas. Que ya escuchó a alguno de Herrera del Duque, o ese hablar más fino que tienen los de Campanario. Y de La Serena también encontró a alguno. Cuando eso pasaba, con más vergüenza que un cura, se acercaba al grupo. Y aunque no le sobrasen los cigarrillos, que racionaba como el agua en día de siega, siempre alargaba alguno a los paisanos. Y de la chaqueta se sacaba alguna cuartilla con sus señas en Alemania por cualquier necesidad que pudieran tener allí, que más vale el diablo por viejo que por diablo.

Intercambiaba algunas palabras si los muchachos del corrillo eran de la tierra. Si le hubieran preguntado por qué hacía eso cada jueves, no habría encontrado dentro de sí las palabras precisas. Él pensaba en los primeros auxilios, que un muchacho cagado de miedo, en aquella tierra extraña, lo primero que necesita es un pitillo y un palique con alguien de su tierra. Con un paisano que había sobrevivido a cinco años en Alemania. Ahí es poco si se dice rápido. Pintarles palabras bonitas, que ya tendrían tiempo de darse de bruces con la realidad.

Aunque aquella mañana ponía el adiestrado oído con el mismo esmero que siempre, no terminaba de escuchar ninguna de esas cadencias que le llegaban a sus adentros. Los grupos se iban deshaciendo, conforme aquellos pobrecillos iban, maleta de tablas en mano y cartel en cuello, desfilando para la nave contigua. Saldría del andén con el consuelo de haberse ahorrado unos pitillos.

Tenía ya la pala en mano, a punto de subirse otra tonelada de nieve a las espaldas, cuando tropezó con un mozo rezagado. Tuvo que hacer equilibrios para no caer al suelo por el hielo formado sobre el pavimento. Entonces fue cuando vio al Jilguero. Las sorpresas en

el andén once son relativas, porque Alemania debía ser inmensa de punta a punta, pero dos casareños sólo pueden encontrarse allí.

- Manda cojones Jilguero que tengas que venir hasta Alemania a tropezarte con el Herminio.

La cara chupada del Jilguero, tan morena que ni asomaba la carbonilla del trayecto, se quedó de piedra. No había conseguido recuperarse aún del mareo tras siete días en el tren, y ni sabía con certeza si enfrente tenía al Herminio de la Brígida o se le estaba apareciendo un fantasma.

Sonriendo, Herminio se dio prisa en alargar un pitillo al recién llegado.

- El *joío* por culo del Jilguero, míralo en Alemania que va a salir de aquí hecho un señorón.

El Jilguero no terminaba de convencerse de que aquella figura que le hablaba fuera real.

Le costó dar algunas caladas al pitillo para poder hablar.

- Herminio, ¿tú qué haces aquí?

- ¿Qué voy a hacer, Jilguero? Pasando el día que se ha quedado bueno.

Se abrazaron los dos, castigando sus espaldas con sonoras palmadas. El Jilguero se había hecho un hombre en los cinco años que Herminio llevaba sin verle. Cuando Herminio salió del pueblo, el Jilguero ya tenía aquella cara renegrada por el sol de aquellos campos, pero no dejaba de ser un crío con un acné terrible.

- Déjame que te vea, estás hecho un hombre, Jilguero. Fíjate que hasta te afeitas, la última vez que nos vimos no te cabía un grano más en la cara.

Herminio pidió al Jilguero que tomara asiento en uno de los bancos del andén. Tuvo la habilidad de esconder la pala de la vista del paisano.

- Qué chico es el mundo, Herminio. Te veo bien, ¿qué tienes que hacer aquí?

Herminio carraspeó

- Soy algo así como un revisor de andén. Tengo que apuntar en un cuaderno cuándo llegan los trenes, y si alguno llega con retraso tengo que ir a pegarle cuatro voces al maquinista. Ya sabes tú, estas cosas de los alemanes.

- *Jodíos* alemanes

No lo sabes bien, pensó para sí Herminio.

- Y aquí me tienes, de capitán general. Entre tú y yo, tengo a los alemanes que me comen en la mano. Es cogerles el toque, tú ya me entiendes.

El Jilguero escuchaba la conversación maravillado. Había puesto sobre el banco la maleta de tablas y su brazo desapareció dentro de ella, palpando cada recoveco. De repente apareció algo envuelto en un papel de estraza.

- Espera que te convide a un trozo de morcilla, de la matanza de casa. Esto no lo comes tú por aquí. Mira, el último trozo que me queda del viaje.

Herminio miró aquel trozo aplastado de morcilla, aquel olor a matanza que ni tras cincuenta años en Alemania hubiera podido olvidar. La boca se le llenó de saliva sin saber cómo disimularlo. Entre aspavientos, retomó la conversación.

- Uy, no, Jilguero, yo te lo agradezco pero aquí nos dan de comer muy bien. Y vengo del descanso para desayunar. Tengo el estómago lleno. Guárdate la morcilla para más tarde.

- ¿Se come bien? No es lo que me habían contado.

- Bueno, ¿y quién te ha contado esa tontería? ¿El Paco? Un *fracasao* que se volvió al pueblo con una mano delante y otra detrás. Aquí tienen una palabra para esos *fracasaos*,

inadaptados – Herminio marcó la separación de cada una de las sílabas como se la escuchaba decir a los de la agencia – Aquí te vas a hartar de comer bien. Ten cuidado, eso sí, con las salsas que le ponen a las carnes, que tienen mucha grasa y te llenas enseguida. Aquí guisan con otras especias.

El Jilguero daba largas caladas al pitillo, sin perder detalle de todo lo que pasaba alrededor. Por momentos comenzó a toser, mientras se doblaba sobre sus rodillas para intentar protegerse del viento helador.

- Chacho, ¿aquí siempre hace este frío?

Herminio tampoco quiso descubrirle que lo peor del invierno ni siquiera había llegado. Desde que llegó a Colonia solo había conocido dos estaciones, la fría y la más fría.

- Nada, estos son dos semanas malas que hemos tenido. Además, mira qué ropas me llevas, que parece que vienes para salir a bailar a la verbena de San Juan. Ya te darán buenos chambergos, aquí los alemanes no te dejan pasar penas. De bastantes penas venimos saliendo ya.

- ¿Aquí nos tratan bien? Venía en el tren un *resabiao* de regreso diciendo que estos alemanes nos tratan como a perros.

- Ni caso, otro inadaptado. Nos tratan mejor que bien. Date cuenta que a los españoles aquí se nos tiene en mucha consideración. Que somos muy parecidos al final a los alemanes, somos gente de orden pero menos rubios. Tú ni caso a lo que hayas escuchado en el tren. Aquí a los que tienen enfilados es a los turcos. Son moros, ya me entiendes. Nosotros somos *gastarbeiter*. Mira tus papeles si no te has enterado. El propio nombre lo dice, *gastarbeiter*, trabajador invitado.

- Coño, Herminio, si hasta sabes alemán.

- Hombre, si no hablara alemán, ¿cómo iba a darles las instrucciones? *Bier, brot, wasser, kartoffen, sauerkraut*. Lo que haga falta te hablo. Y tú en dos días lo estás hablando como lo aprenden los críos aquí. Pero dime, ¿qué noticias puedes darme de mi casa? ¿Cómo está mi madre? ¿Y la Clara?

- Tu madre está muy bien, no te mentiría. La Clara no pisa la calle, Herminio. La Clara te espera.

El Jilguero siguió con su crónica del pueblo. La familia de Herminio resistía bien. El sustento de la casa eran los envíos puntuales de Herminio, y tras cinco años miraban la vida con más desahogo. Sin sobrar nada, tampoco les faltaba y las hermanas, casi niñas, iban saliendo adelante.

Herminio también encendió un pitillo.

- Chacho Jilguero, que me vas a poner triste. Cuéntame las cosas bonitas.

- ¿Y qué te voy a contar bueno de allí? Si hasta mi Pepa se fue a Madrid a servir en casa de un capitán de artillería.

Porque en verdad las cosas no iban mejor por la tierra. El campo no alimentaba a sus hijos y la sequía había llegado para no irse más. Si fueron un buen pueblo de más de cuatro mil vecinos, en el último lustro casi la mitad de sus hijos salieron como emigrantes a ganarse el pan que no daba la tierra. El Jilguero hizo recuento de todos los quintos de Herminio. La desbandada era un abanico que llegaba del Norte a Cataluña, pasando por Madrid. Pero Alemania estaba reservada para los más valientes, los más fuertes.

- Anda, agonías. ¿Sigues cazando con la perrilla rubia? ¿Corriste los gallos?

Entonces sí. El Jilguero cambió aquel rostro serio. Empezó entonces una retahíla de detalles nimios que Herminio se bebía. La caza en las sierras, los carnavales, las últimas

migas de la cuadrilla. Era como si en cada pincelada, cada anécdota insignificante consiguiera hacer volar a Herminio de aquella gélida estación de ferrocarril, hasta hacerlo aterrizar en un paisaje familiar. Entre encinas y jarales, con su perrilla Tristana levantando una perdiz.

Pero se hacía tarde. Los mozos más rezagados iban ya desfilando a la nave de acogida. Herminio hizo señas al Jilguero para seguir la misma senda. Se pusieron en pie, el Jilguero levantó la maleta de tablas. Intentó en vano entallarse la chaqueta raída para resguardarse del viento.

- Escucha Jilguero, el verano que viene estamos tú y yo en el pueblo comiéndonos unos gachones de tu madre. Verás cuando nos vean llegar conduciendo cada uno un Mercedes. El tuyo blanco, el mío negro para diferenciar. Te van a echar ojo hasta las hijas de don Cipriano, ya te estoy viendo.

El Jilguero sonrió.

- Me voy en el tuyo, para qué queremos dos Mercedes. Yo con el dinero voy a abrir el bar más grande de la plaza.

- No me cobres los vinos. Y tenme siempre listo de aceitunas y altramuces.

Se abrazaron los dos y se dijeron adiós, con las señas ya reposando dentro de la chaqueta del recién llegado. Herminio volvió a llamarlo. El Jilguero se dio la vuelta desde la distancia.

- Jilguero, dime cuál es el pueblo más bueno del mundo entero.

- ¡Casas de Don Pedro!

- Olé tú, ¡Casas de Don Pedro!

El Jilguero se perdió entre los rostros demacrados y renegridos que, cartelito al cuello, esperaban las instrucciones para abastecer fábricas y minas por toda Alemania.

Herminio se cercioró de que el Jilguero no podría ya verlo. Tomó entonces la pala y se echó otra tonelada de nieve a las espaldas. Le dolían los riñones, como casi todos los días.

Pero no podía aflojar ahora. Ahora que lo tenía a punto de tocar. Un añito más, niño. Aguantar, sacar nieve, aguantar. No aflojar ahora. No había acobardado al llegar, ¿para qué iba a tener miedo ahora?

Cuando el andén quedó más despejado de nieve que la carretera de Pela, dejó la pala en el cuartillo y se fue silbando para las taquillas. Daba siempre un rodeo con tal de no pasar por la puerta de la cafetería. Así se evitaba las tentaciones de aquel aroma de café recién hecho. Café de verdad, del bueno. Expreso italiano, no el aguachirri que servían en la *kantine*. Y se ahorra enfadar al estómago con la vista de aquellos bollos de crema y nata con canela por encima, tan recién hechos que todavía soltaban humillo. Para mantener el estómago a raya, había calculado que por cada tres cafés con bollos que se ahorrara, tendría que estar un día menos en Alemania.

Se perdió en el interior del edificio principal, cruzando pasillo tras pasillo, hasta alcanzar una sala de espera casi desértica con un aséptico olor a cloroformo y un triste cartel, *Krankenzimmer*. Frente a él, dos italianos soltaban bufidos en su idioma a una velocidad que a Herminio le hacía sonreír. Estaba molido, se llevaba la mano a los riñones. Sólo deseaba espabilar aquello y tomar la horizontal en el catre. Porque aunque al gallego le apestaban los pies y el de Jaén roncaba, no había castigo que pudiera distraerle el sueño cuando hay cansancio.

Pasó el italiano con un brazo en cabestrillo, y no tardaron en despacharlo. Ya era el turno de Herminio. Le hicieron entrar en una pequeña sala, donde una enfermera le ordenó por

señas que se tumbara sin la camisa. El médico llegó con gesto serio, leyendo entre dientes el resultado de las pruebas. *Ja, nieren*. Bueno, la *riñoná*. Iban a averiguar ahora que lo que le duele es la *riñoná*, eso ya lo sabía él sin título de doctor. A ver si se piensan que levantar nieve es repartir algodón de azúcar.

El médico tosió, y comenzó a hablarle. Herminio no entendía más palabra que *nieren*, esta gente son muy complicados cuando los sacas de las cuatro órdenes de siempre. Pero los años le habían dado la habilidad de leer las caras de los alemanes. Lo que significa torcer un bigote, qué quieren decir cuando abren los ojos como platos y cuando se encienden como tomates en agosto. Así que no le hizo falta entender más que los infinitos silencios que dejaba, entre palabra y palabra, aquel doctor de frente arrugada.

Con las mismas se volvió a poner la camisa y salió por la puerta de la estación, hacia los barracones. Ni en cinco ni en cincuenta años se puede acostumbrar alguien de la tierra a esa tristeza de anochecer a las cuatro de la tarde. Sin gastar un duro en un café que lo separara un día más de Casas de Don Pedro, tomó la callejuela que terminaba en los viejos barracones de los *gastarbeiter*. Comenzaba de nuevo a nevar. Cuánto se puede llegar a odiar una cosa tan bonita.